

KIM STANLEY ROBINSON

LUNA ROJA



«UNO DE LOS MEJORES
AUTORES DEL MUNDO,
EN CUALQUIER GÉNERO»

GUARDIAN

minotauro

KIM STANLEY ROBINSON

Luna roja

minotauro

Título original:
Red Moon

© Kim Stanley Robinson, 2018

© Traducción de Simon Saito Navarro, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 7a planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0613-9
Depósito legal: B. 6.437-2019
Fotocomposición: Ediciones del Simio S. L.

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

CAPÍTULO UNO	<i>neng shang neng xia</i> Puede subir, puede bajar (Xi)	7
IA 1	<i>shen yu</i> Oráculo	15
CAPÍTULO DOS	<i>liangzi bo bengkui</i> El colapso de la onda cuántica	17
TA SHU 1	<i>yueliang de dansheng</i> El nacimiento de la Luna	31
CAPÍTULO TRES	<i>taoguang yanghui</i> Mantener un perfil bajo (Deng)	35
IA 2	<i>ganrao shebei</i> Interferencias con el dispositivo	49
TA SHU 2	<i>xia yibu</i> El siguiente paso	53
CAPÍTULO CUATRO	<i>di chu</i> La salida de la Tierra	56
TA SHU 3	<i>yueliang ren</i> El hombre de la Luna	67
CAPÍTULO CINCO	<i>tao dao diqiu</i> Huida a la Tierra	73

IA 3	<i>chongxin chuxian de zhuti</i>		
	La reaparición del sujeto		88
CAPÍTULO SEIS	<i>liangzi jiuchan</i>	Entrelazamiento	93
CAPÍTULO SIETE	<i>fu nu neng ding ban bian tian</i>		
	Las mujeres sostienen la mitad del cielo (Mao)		125
IA 4	<i>zhuti xiaoshi</i>	La desaparición del sujeto	141
TA SHU 4	<i>laojia</i>	El hogar de los antepasados	144
CAPÍTULO OCHO	<i>tai diejia yuanli</i>	Superposición	148
TA SHU 5	<i>da huo xiao</i>	Grande o pequeño	195
IA 5	<i>wolidou</i>	Luchas internas	198
CAPÍTULO NUEVE	<i>tao dao yueqiu</i>	Huida a la Luna	201
IA 6	<i>anquan tongxin</i>	Comunicación segura	207
CAPÍTULO DIEZ	<i>Zhongguo Meng</i>	El Sueño Chino (Xi)	209
IA 7	<i>zhiyou lianjie</i>	Conéctate	217
TA SHU 6	<i>she qi ge hao liyou</i>		
	Las Siete buenas razones		219
CAPÍTULO ONCE	<i>xiaokang</i>	Sociedad igualitaria ideal	224
IA 8	<i>lianxi</i>	Contacto	250
CAPÍTULO DOCE	<i>luxian</i>	Debate sobre teoría	254
IA 9	<i>xue liang</i>	Ojos atentos	267
CAPÍTULO TRECE	<i>bei ai</i>	Dolor	271

IA 10	<i>zou</i>	Ve	280
CAPÍTULO CATORCE	<i>hai qi san</i>	Helio-3	282
IA 11	<i>xiao yanqiu</i>	Ojito	292
CAPÍTULO QUINCE	<i>mozhe shitou guo he</i> Cruzar el río tanteando las piedras (Deng)		295
CAPÍTULO DIECISÉIS	<i>tianxia</i> Todo lo que está debajo del cielo		310
IA 12	<i>houhui</i>	Arrepentimiento	329
TA SHU 7	<i>Tao Yuan Xing</i> La fuente del río de las flores del melocotonero (Wang Wei)		333
CAPÍTULO DIECISIETE	<i>laohu shoulie</i>	La caza del tigre	335
IA 13	<i>mei hao sheng huo</i> Una vida hermosa (Xi)		367
CAPÍTULO DIECIOCHO	<i>liliang pingheng</i> Equilibrio de fuerzas		372
CAPÍTULO DIECINUEVE	<i>daibiao xing weiji</i> Crisis de representación		377
TA SHU 8	<i>feng shui</i>	Viento y agua	389
IA 14	<i>zhengming wanbi</i>	QED	391
CAPÍTULO VEINTE	<i>chaodai jicheng</i>	Sucesión dinástica	395

CAPÍTULO UNO

neng shang neng xia

Puede subir, puede bajar (Xi)

Alguien le había dicho que no mirara cuando aterrizara en la Luna, pero estaba sujeto con cinturones al asiento justo al lado de una ventana y no pudo evitarlo. Miró. Inmediatamente comprendió por qué le habían dicho que no lo hiciera: la Luna doblaba su tamaño cada segundo que pasaba; se dirigían a ella a una velocidad cósmica y tuvo la certeza de que se volatilizarían con el impacto. Solo podía tratarse de un error. Aún se sentía ligero, y el contraste de esa plácida sensación con lo que estaba viendo le produjo náuseas. Estaba seguro de que algo iba mal. Justo delante de sus ojos, la creciente esfera grisácea se convertía en una grumosa llanura blanquecina a la que se acercaban vertiginosamente. El corazón le aporreaba el pecho como si fuera un niño tratando de escapar. Era el final. Apenas le quedaban unos segundos de vida y no se sentía preparado. Su vida pasó ante sus ojos a la manera típica y vio que estaba casi vacía de contenido. «¡Pero quiero más!», pensó.

El anciano caballero chino sentado a su lado se apoyó en su hombro para mirar por la ventana.

—¡Vaya! —exclamó—. Pues sí que vamos rápido.

La accidentada masa blanca se dirigía inexorablemente hacia ellos.

—Me dijeron que no debíamos mirar.

—¿Quién se lo dijo?

Fred fue incapaz de recordarlo en un primer momento. Pero enseguida le vino a la memoria.

—Mi madre.

—Las madres se preocupan demasiado —repuso el anciano.

—¿Es la primera vez? —preguntó Fred, con la esperanza de que su compañero de viaje le proporcionara alguna clase de información desconocida por él que refutara las apariencias.

—¿Que aterrizo en la Luna? Sí, es la primera vez.

—Para mí también.

—Me sorprende que todavía no haya aparecido algún piloto para guiarnos —comentó el anciano sin perder el buen humor.

—¿Preferiría que hubiera una persona pilotando el aparato a esta velocidad? —inquirió Fred.

—Supongo que no. Pero guardo un buen recuerdo de los pilotos. Me sentía más seguro con ellos.

—Nosotros nunca alcanzamos este nivel.

—¿No? ¿Trabaja usted con ordenadores?

—Sí, así es.

—Por eso está tan seguro. ¿Acaso los ordenadores que están controlando el aterrizaje no han sido programados por personas?

—Claro. Bueno... Probablemente. —Los algoritmos escribían algoritmos constantemente, así que sería difícil rastrear el origen humano del sistema de aterrizaje. No, su destino estaba en manos de las máquinas. Como siempre, naturalmente, pero esta vez era excesivo; su dependencia era demasiado obvia. Fred se oyó decir—: En el inicio de la cadena participamos las personas.

—¿Y eso es bueno?

—No lo sé.

El caballero chino sonrió. Su rostro había mantenido hasta ese momento una expresión serena, de anciano, un poco triste; ahora las arrugas de la sonrisa componían un gesto afable y dejaba claro que había sonreído de esa manera muchas veces. Era como encender una lámpara. Cabello cano recogido en una coleta, sonrisa jovial: Fred intentó concentrarse en eso. Si impactaban con la Luna en ese momento, sus restos, desintegrados en moléculas, se esparcirían por una amplia área. Por lo menos sería rápido. El blanco y el negro se alternaban abajo con tanta velocidad que el paisaje adquiriría un color grisáceo; luego se sucedieron unos destellos rojos y azules, como en las girándulas diseñadas a propósito para crear esa ilusión óptica.

—He aquí un ejemplo perfecto de *kao yuan*.

—¿Qué es eso?

—En la pintura china es la perspectiva cenital.

—Por cierto —dijo Fred. Sudaba y estaba mareado. Volvió a sentir náuseas y creyó que iba a vomitar—. Me llamo Fred Fredericks —añadió como si hiciera una última confesión, o como si en realidad estuviera diciendo: «Siempre quise ser Fred Fredericks».

—Ta Shu —se presentó el anciano—. ¿Qué le trae aquí?

—Voy a colaborar en la activación de un sistema de comunicaciones.

—¿Para Estados Unidos?

—No, para un organismo chino.

—¿Cuál?

—La Autoridad Lunar China.

—No está mal. Una vez me invitaron a uno de sus organismos federales. Su Fundación Científica Nacional me envió a la Antártida. Es una organización muy buena.

—Eso he oído.

—¿Se quedará aquí mucho tiempo?

—No.

Los asientos dieron un giro repentino de ciento ochenta grados y Fred sintió una presión que lo empujaba contra el sillón.

—¡Ja, ja, ja! —exclamó Ta Shu—. Parece ser que ya hemos aterrizado.

—¿De verdad? —preguntó con incredulidad Fred—. ¡Pero si no he notado nada!

—Se supone que no hay que notar nada, creo.

Aumentó la presión sobre sus cuerpos. Si la nave ya se había acoplado magnéticamente a la pista de aterrizaje, como indicaría esa presión en el caso de que así fuera, ya no corrían peligro, o al menos, tanto peligro. La mayoría de los trenes de la Tierra empleaban un sistema idéntico: levitaban sobre una vía magnética y aceleraban o frenaban mediante fuerzas electromagnéticas. El paisaje blanco y las manchas negras aún desfilaban por la ventana a una velocidad pasmosa, pero lo peor ya había pasado. ¡Y ni siquiera habían notado el aterrizaje! Como tampoco habrían notado un impacto súbito definitivo. Durante un rato habían estado vivos y muertos, como el gato de Schrödinger, en los dos estados superpuestos dentro de una caja de posibilidades, pensó Fred. Ahora esa función de onda acababa de colapsar. Estaban vivos.

—¡Qué extraño es el magnetismo! —dijo Ta Shu—. Acción fantasmagórica a distancia.

A Fred le sorprendió la sintonía del comentario del anciano chino con lo que estaba pensando.

—Einstein dijo lo mismo sobre el entrelazamiento cuántico. No le gustaba. No aceptaba la idea.

—¡Quién puede decidir qué ideas son aceptables! No sé muy bien por qué le disgustaba ese principio en particular. En mi opinión, el magnetismo es igual de espeluznante.

—Bueno, el magnetismo está localizado en ciertos objetos. El entrelazamiento cuántico tiene características que denominan no-locales. Así que es bastante extraño. —A pesar de que Fred estaba empapado en sudor, también empezaba a sentirse mejor.

—Qué raro es todo, ¿no le parece? —repuso el anciano—. El mundo está lleno de misterios.

—Supongo. De hecho, el sistema que he venido a activar utiliza el entrelazamiento cuántico para aumentar la seguridad de su encriptación. De manera que, aunque no somos capaces de explicarlo, sabemos sacarle provecho.

—¡Como siempre! —La sonrisa jovial regresó al rostro de Ta Shu—. ¿Qué hay que podamos explicar?

La Luna ahora destellaba de una manera menos extraordinaria. Los efectos de la desaceleración comenzaban a notarse. La llanura blanca se extendía hasta el cercano horizonte moteada por sombras negrísimas que la sobrevolaban. La pista de aterrizaje medía algo más de doscientos kilómetros, según le habían contado a Fred, pero con la velocidad que llevaban (habían tocado tierra a alrededor de ocho mil trescientos kilómetros por hora), la desaceleración tenía que ser bastante brusca para detenerse antes de que terminara la pista. Y, de hecho, todavía notaban una fuerte presión contra los asientos, y también que tiraban de ellos hacia arriba, o esa era la impresión, por extraño que sonara. Sin embargo, esa ligera fuerza que los empujaba hacia arriba ya había comenzado a debilitarse y aumentó la que los presionaba contra los asientos, como si una mano gigante estuviera aplastándolos. Lo que se veía a través de la ventana era como una imagen toscamente generada por ordenador. Aterrizar a la misma velocidad con la que habían salido de la Tierra permitía viajar sin combustible de desaceleración, de manera que se reducían considerablemente el peso y el tamaño de la nave espacial y, por lo tanto, el coste del viaje. Sin embargo, también significaba que habían aterrizado a una velocidad que era cuarenta veces superior a la del aterrizaje de un avión en la Tierra, cuando el margen de error de entrada en la pista era de unos pocos centímetros. Este era un detalle que la tripulante de cabina de la nave no les

había mencionado. Fred había investigado por su cuenta y sus amigos con conocimientos sobre el tema se lo habían dicho: «No hay una atmósfera que pueda jugar una mala pasada», «El sistema de orientación de las naves era muy preciso», «Es un método de aterrizaje en la Luna más seguro que otros, más seguro incluso que el de un avión en la Tierra», etc. ¡Más seguro que conducir un coche por la carretera! ¡Pero si estaban aterrizando en la Luna! Le costaba creer que estuviera ocurriendo de verdad.

—Cuesta creerlo —dijo Fred.

Ta Shu sonrió.

—Cuesta creerlo.

• • • • •

Fue fácil saber en qué momento concluyó la desaceleración, pues cesó la presión. Todavía sentados en sus asientos, notaron por primera vez la gravedad lunar. Exactamente el 16,5 % de la gravedad de la Tierra. Eso significaba que Fred ahora pesaba unos once kilos. Había hecho el cálculo previamente y tenía curiosidad por comprobar la sensación que produciría. Ahora, mientras se revolvía en el asiento, sentía casi la misma ligereza que había experimentado durante los tres días que había durado el traslado desde la Tierra. Aunque no era exactamente la misma sensación.

La tripulante de cabina les desabrochó los cinturones y los pasajeros se levantaron con dificultad. Fred pensó que era como caminar por una piscina, pero sin la resistencia del agua ni la tendencia a subir hacia la superficie. No... No se parecía a nada de lo que hubiera experimentado antes.

Caminó con paso tambaleante por el compartimento de los pasajeros como el resto de sus compañeros de viaje, la mayoría de ellos chinos. A la tripulante de cabina se le daba mucho mejor que a ellos y se movía con fluidez y a pequeños saltos. Desde los tiempos de las misiones Apollo, las grabaciones audiovisuales sobre la Luna siempre muestran esos saltitos: gente brincando de un lado a otro como canguros y caídas descontroladas. Ahora ellos también se caían como si estuvieran borrachos y se pedían disculpas cuando chocaban, entre risas, al intentar ayudarse unos a otros o simplemente al tratar de levantarse. Fred flexionó ligeramente los dedos de los pies, pero se le daba peor que a los demás; se elevó en el aire y se agarró a un pasamanos tendido encima de su cabeza para evitar el impacto contra el techo. Se impulsó de nuevo hacia el suelo y descendió como si llevara puesto un paracaídas. El resto no tuvo tanta suerte y se golpeó con fuerza

contra el techo; el sonido del impacto reveló que estaba acolchado. Los gritos y las risas resonaban en la cabina y la tripulante dijo en chino y luego en inglés:

—¡Despacio, tómenselo con calma! —Y añadió, también en chino y en inglés—: La gravedad será esta excepto cuando se encuentren en las centrifugadoras, así que tómenselo con tranquilidad y acostúmbrense. Hagan como si fueran osos perezosos.

Los pasajeros enfilaron torpemente por una pasarela de desembarco con ventanas en ambas paredes que les ofrecían una vista parcial de la Luna y de uno de los muros del aeropuerto espacial, que parecía un búnker de hormigón incrustado en una colina blanca, recorrido por filas de ventanas negras. Fred había leído durante el viaje que en la Luna el hormigón no era exactamente hormigón. Aquí el cemento se sustituía por óxido de aluminio, que abundaba en el regolito de la Luna, lo que convertía el hormigón lunar en una mezcla más fuerte que el normal. El paisaje que rodeaba el aeropuerto espacial se parecía mucho al que habían visto durante el aterrizaje, aunque ahora tenía un aspecto mucho más montañoso. Las colinas más cercanas tenían la parte superior blanca y la inferior negra. Fred no sabía si estaba amaneciendo o anocheciendo... pero, un momento: estaban cerca del polo sur, así que podía ser cualquier momento del día, ya que el sol siempre estaría así de bajo en el cielo polar.

Fred, Ta Shu y el resto de los pasajeros continuaron avanzando con dificultad y tomando muchas precauciones, dando saltitos por el centro de la pasarela sin soltarse en ningún momento del pasamanos. Casi todo el mundo caminaba a tientas y con torpeza. Las disculpas y las risas nerviosas se sucedían.

El sol derramó su tarro de luz sobre las colinas. La superficie sembrada de escombros del exterior brillaba con tanta intensidad que costaba creer que las ventanas de la pasarela de desembarco estuvieran profusamente tintadas y polarizadas. Habría sido más sencillo moverse por la pasarela si no hubieran estado esas ventanas, pero lo cierto era que quedaban bonitas, además de que el hecho de fijar la vista ayudaba a la gente a acostumbrarse a la gravedad, pues les recordaba permanentemente que se encontraban en un mundo extraterrestre. No obstante, eso no impedía que la gente perdiera el equilibrio. Fred se agarró al pasamanos e intentó avanzar con pequeños saltitos. ¡El juego de piernas para dar un simple salto era una locura! ¡Qué difícil era moverse! Nadie había mencionado que fuera una sensación tan extraña; aunque quizá se pasaba al cabo de un rato y la

gente lo olvidaba. Fred se sentía vacío, y sin la posibilidad de determinar si tenía el cuerpo recto o no.

Ta Shu avanzaba justo detrás de él, con una sonrisa de oreja a oreja. Se agarraba al pasamanos y se impulsaba hacia delante como si estuviera colgando de una cuerda de escalada.

—¡Es de lo más peculiar! —exclamó cuando reparó en que Fred se volvía a mirarlo.

—Sí —repuso Fred. Era como la ingravidez con un tropismo que lo orientaba hacia abajo, algo así como una especie de curvatura en el espacio-tiempo... Cosa que, por supuesto, era. Con frecuencia había que hacer ligeras correcciones en la trayectoria, pero el esfuerzo muscular que exigían era mínimo. A pesar de que los dedos de los pies podían encargarse de ello, los zapatos multiplicaban los efectos de lo que pretendía hacerse con ellos. De hecho, era todo bastante raro. Era una cuestión de coordinación. Había que caminar de puntillas a cámara lenta.

—Va a llevarme tiempo acostumbrarme.

Ta Shu asintió.

—¡Ya no estamos en Kansas! ¿Dónde se hospeda? —preguntó el anciano.

—En el hotel Star.

—¡Yo también! ¿Quiere que empecemos el día desayunando juntos?

—¡Claro! Suena bien.

—De acuerdo. Pues nos vemos allí.

Fred siguió las indicaciones que dirigían a la cola del control de visados para los extranjeros, considerablemente más corta que la cola para los ciudadanos chinos. Enseguida se encontró delante de un par de funcionarios de inmigración y les entregó el pasaporte. Los funcionarios le echaron un vistazo rápido, pasaron el documento por un escáner y le hicieron un gesto para que avanzara. Se despidieron de él y lo pasaron a la siguiente sala, que parecía la zona de recogida de equipajes de un aeropuerto cualquiera. Los letreros estaban escritos en chino, pero debajo, en letra pequeña, estaban traducidos al inglés.

BIENVENIDOS A LOS PICOS DE LA LUZ ETERNA

El equipaje, la mayoría maletas negras con asas, todas muy parecidas entre sí, circulaba por unas cintas transportadoras como en la Tierra. La de Fred tenía las asas verdes. Cuando pasó ante él, la levantó de la cinta y es-

tuvo a punto de lanzarla por el aire; Fred giró como un lanzador de disco y se tambaleó, pero consiguió mantener el equilibrio. ¡Un objeto que apenas pesaba un kilo tiraba de él! Pero él no pesaba mucho más, y la masa no era lo mismo que el peso, como tendría que aprender. El unitransmisor que contenía seguramente aumentaba el peso o la masa que aparentaba.

Sus guías lo observaron sin inmutarse mientras él daba vueltas. Cuando por fin se detuvo, uno de ellos se ofreció a llevarle el equipaje para que él pudiera sujetarse a la barandilla con las dos manos. Enfiló con cautela hacia la salida, caminando de puntillas. Tenía la sensación de que todo el mundo lo miraba, pero los demás recién llegados parecían igual de torpes y las pequeñas caídas seguían siendo frecuentes; la gente parecía más avergonzada que herida. Las risas resonaban por toda la terminal. ¡La Luna era divertida!